

“Uno cosecha lo que siembra”

“No se dejen engañar: ... Uno cosecha lo que siembra.”

— *Gálatas 6:7, Versión estándar en inglés* —

LA EPÍSTOLA DE PABLO escrita a las iglesias en la región de Gálata también se aplica a cada seguidor de Cristo durante toda la actual Edad del Evangelio. Sus advertencias son para quienes han hecho un pacto con Dios, presentándose como un “sacrificio vivo” y esforzándose por no amoldarse “al mundo actual, sino... [ser] transformados mediante la renovación” de sus mentes. (Rom. 12:1,2) Ya que estamos por entrar en un nuevo año, corresponde que cada uno de nosotros nos examinemos de manera similar a este trabajo de transformación que debería estar sucediendo en nuestros pensamientos, palabras y acciones.

En nuestro primer versículo, Pablo comienza con la advertencia: “No se dejen engañar: nadie puede burlarse de la justicia de Dios”. Podemos engañarnos a nosotros mismos temporalmente siendo solamente oyentes de la Palabra de Dios y no “hacedores” de sus instrucciones. (Santiago 1:22) Sin embargo, no podemos engañar a Dios porque él “conoce los pensamientos del hombre” y “puede discernir pensamientos e intenciones del corazón”. En consecuencia, es “a los ojos de aquel a quien

hemos de rendir cuentas”.—Sl. 94:11; Heb. 4:12,13, *ESV*

Pablo luego identifica un principio muy importante aplicable a cada seguidor de Cristo: uno cosecha lo que siembra. Desde un punto de vista natural, una persona no familiarizada con la naturaleza de determinadas semillas podría sembrar, sin saberlo, semillas de cardos o malezas, en lugar de semillas de trigo, por ejemplo. Después de un breve período de tiempo, podría visitar su campo y decir: “Esta semilla parece muy buena. Tendré una gran cosecha de trigo”. Sin embargo, más adelante, en el momento de la cosecha, el error en el tipo de semilla que se sembró sería evidente. Este principio de causa y efecto también se aplica al desarrollo de nuestro carácter y corazón.

LOS PENSAMIENTOS: LA FUENTE DEL CARÁCTER

¿Qué significa la palabra “siembra” en nuestra primera Escritura? Creemos que hace referencia especialmente a los pensamientos, o semillas, que nos preocupan y sobre los que reflexionamos, los que “plantamos”. Nuestras palabras y acciones futuras están principalmente influenciadas por los pensamientos previos sobre los que nos hemos estado preocupando. Para seguir con esta cuestión, los pensamientos sobre los que meditamos hoy son la fuente de lo que nos convertiremos mañana. Como escribió Salomón, “Guarda tu corazón con toda diligencia, porque de él brotan los manantiales de la vida”. “Porque cuál es su pensamiento en su corazón, tal es él”. Prov. 4:23; 23:7

Una cosa es tener una semilla y otra muy diferente es plantar esa semilla. Para plantar una semilla, uno debe enterrarla, luego cubrirla y regarla. De la misma manera, que un pensamiento entre en nuestra mente es una cosa, pero preocuparnos por ese pensamiento, reflexionar sobre él una y otra vez, es esencialmente “plantar” ese pensamiento en nuestra mente y corazón. Por ende, vemos

que hay una gran diferencia entre tener un pensamiento y sembrar ese mismo pensamiento. Así como una semilla debe plantarse para obtener una cosecha, también los pensamientos sobre los que nos preocupamos eventualmente darán lugar al tipo de carácter que desarrollaremos y el tipo de persona que seremos.

Una pequeña semilla que se planta se corresponde con el pequeño pensamiento que plantamos. Una semilla es una cosa muy pequeña, y sin embargo con frecuencia produce una planta de gran tamaño. De la misma manera, un pensamiento sobre el que nos preocupamos puede parecer una cosa pequeña, y sin embargo puede dar lugar a muchas cosas.

Sobre la cuestión de la siembra de pensamientos, tal vez podemos preguntarnos: ¿Por qué vivimos de determinada manera? ¿Por qué gastamos nuestro dinero como lo hacemos? ¿Por qué vamos a determinados lugares? Es porque los pensamientos sobre los que nos hemos estado preocupando nos han llevado a actuar de esta manera particular. Todo comienza con un pensamiento, pero la siembra hace referencia a preocuparse por determinados pensamientos. En consecuencia, el trabajo del cristiano es fomentar el crecimiento de buenos pensamientos y eliminar los malos pensamientos para que no tengan la oportunidad de crecer.

En el mundo natural, una buena semilla no tiene valor a menos que se plante. De la misma manera, un buen pensamiento tiene poco valor a menos que reflexionemos sobre él, es decir, a menos que lo recibamos, lo meditemos y finalmente actuemos sobre la base de él. De manera similar, una mala semilla, o pensamiento, no nos dañará a menos que nos preocupemos por él, es decir, lo recibamos, lo meditemos y actuemos sobre la base de él.

A modo de ejemplo, recordamos que, después de que

Juan bautizó a Jesús en el río Jordán, Jesús se retiró inmediatamente al desierto. Allí, estuvo sin comida durante cuarenta días y con hambre, y Satanás fue a tentarlo. Satanás no apareció visiblemente, sino que sugirió un pensamiento en la mente de Jesús. Parafraseando, le sugirió a Jesús lo siguiente: “Ordena que estas piedras se conviertan en panes; después de todo, tú tienes el poder y tienes hambre. ¿Por qué no usas tu poder para convertir estas piedras en panes?” Jesús se rehusó a seguir considerando ese pensamiento. No iba a meditar ni a actuar sobre él.— Lucas 4:1-4

Esta es una lección para nosotros. No se nos debe culpar ni debemos culparnos por los pensamientos que aparezcan en nuestra mente, pero somos responsables de los pensamientos en los que nos preocupamos. Si un buen pensamiento aparece en nuestra mente, tampoco se nos debe elogiar especialmente. Tal vez Dios nos permite, de alguna manera, que aparezca un buen pensamiento en nuestra mente al leer su palabra o al permitir que alguien con quien estamos hablando nos sugiera ese pensamiento. Sin embargo, a menos que nos preocupemos y meditemos sobre él, ese pensamiento pronto se irá, sin haber logrado nada de valor.

Algo similar ocurre con los malos pensamientos. No siempre se nos debe culpar por ellos. Si alguien nos pone un pensamiento en la mente por algún enunciado que haga, no somos responsables. Es el comentario de la otra persona el que lo pone allí, pero somos responsables si nos preocupamos por ese pensamiento malo. Por lo tanto, no debemos desalentarnos si un pensamiento malo aparece en nuestra mente y, al mismo tiempo, no debemos sentirnos confiados cuando tenemos un buen pensamiento. La pregunta importante es: “¿Sobre qué pensamientos nos estamos preocupando?”

SEMBRAR PARA LA CARNE

En el versículo siguiente a nuestro primer texto, Pablo dice: “El que siembra para su carne, de la carne segará corrupción”. (Gal. 6:8, *ESV*) En el capítulo anterior, el apóstol declara: “Las obras de la carne se conocen bien: inmoralidad sexual, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odio, discordia, celos, arrebatos de ira, rivalidades, desacuerdos, sectarismos, envidia, borracheras, orgías y otras cosas parecidas. ... Los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.”—Gal. 5:19-21, *ESV*

Sembrar para nuestra carne incluye ocuparse de las cosas de la carne, la satisfacción de los deseos de la carne y preocuparse por aquello que nuestra naturaleza caída anhela. Si se cede, estos antojos se volverán más y más fuertes, dando lugar a palabras o conductas malas. Los que continúen cediendo a estas inclinaciones, según Pablo, “segarán corrupción” [Griego: decadencia, ruina].

Cada día estamos constantemente rodeados de estos estímulos terrenales y carnales. ¿Cómo podemos evitar que nos afecten tales influencias corruptivas? El apóstol Pedro nos da la respuesta a cómo escapar la “corrupción que está en el mundo”, cuando escribe “Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas” podamos, si fuimos fieles hasta la muerte, “ser participantes de la naturaleza divina”. (2 Pe. 1:4) En efecto, Dios nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, que nos fortalecerán proporcionalmente al percibir su importancia y pensar en ellas.

SEMBRAR PARA EL ESPÍRITU

En Gálatas 6:8 (*ESV*), Pablo luego dice: “Pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna”. Si nuestros pensamientos y atención se centran en cosas celestiales, el desarrollo de nuestro carácter se alineará

con lo espiritual. Hay solo una fuente de la que manan estas buenas semillas o pensamientos: la Palabra de Dios. Millones de personas tienen biblias, pero muchos dejan la Palabra de Dios sin abrir y, por lo tanto, “sin sembrar”. No dejemos, de alguna manera, “la semilla en el paquete”.

Debemos sembrar lo que esperamos cosechar. Si queremos una cosecha de nabos, sembramos semillas de nabo. No servirá ninguna otra semilla. Asimismo, si queremos desarrollar en nuestro carácter el “fruto del Espíritu”, que es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, delicadeza y autocontrol, debemos sembrar estas semillas, o no habrá ninguna cosecha.—Gal. 5:22,23, *ESV*

Los que se ocupan de cuestiones espirituales (es decir, siembran para el espíritu) ponen la “mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”. (Col. 3:1,2) Si buscamos desarrollarnos en líneas espirituales, avanzaremos en el logro de una cosecha espiritual. A su debido tiempo, cosecharemos un carácter a imagen del Señor y nos convertiremos más y más en copias del querido Hijo de Dios. A esas personas se les promete segar “vida eterna”. En otra parte, Pablo advierte: “El que siembra [para el espíritu] escasamente, también segará escasamente; y el que siembra en abundancia, en abundancia también segará”.—2 Cor. 9:6

RESPONSABILIDAD PERSONAL

Muy pocos se dan cuenta de en qué medida formamos nuestro propio carácter, en qué medida nuestras mentes son jardines en los que podemos plantar las espinas o cardos del pecado o las semillas que darán lugar a los frutos del Espíritu Santo. Los que buscan las cosas celestiales, ser herederos conjuntos con Jesucristo, deben plantar, o presentar en su mente y en sus afectos, las cualidades que el Señor destaca como esenciales para el desarrollo de un

carácter cristiano.

Por lo tanto, nuestro Padre Celestial pone sobre todos los que han aceptado el llamado celestial y que han hecho un pacto con él, la responsabilidad de su éxito o falla en la obtención del premio. Sin embargo, no nos dejan sin ayuda para este trabajo. Mediante su Palabra, el Padre Celestial señala nuestras debilidades e imperfecciones naturales. Luego indica cómo ha proporcionado una compensación o contrapeso total para estos defectos carnales, que se encuentra en el mérito y el sacrificio de su único Hijo Jesús, nuestro Redentor. (1 Juan 1:7-10) Dios también nos informa de los frutos del Espíritu Santo que debemos desarrollar en nuestro carácter, si queremos ser coherederos con Cristo. Estos están ilustrados en la vida y las enseñanzas de Jesús, el ejemplo que debemos seguir.—Lucas 9:23; Juan 12:26; 1 Pe. 2:21

Al considerar la responsabilidad que recae sobre nosotros, es posible que al principio nos sintamos abrumados. Sin embargo, deberíamos ver esto desde el punto de vista de la gracia de Dios. Primero, deberíamos considerar el dichoso privilegio que se nos ha dado al tener la oportunidad de ser “transformados mediante la renovación” de nuestras mentes, para que podamos llegar a conocer más y más a Dios y su propósito divino y esforzarnos por seguir la “buena, agradable y perfecta voluntad de Dios”. Además, Dios nos ha puesto delante la mayor recompensa imaginable, la naturaleza divina, por hacer simplemente nuestro “servicio razonable” y que nos traerá una abundancia de “alegría y paz por la fe”.—Rom. 12:1,2; 2 Pe. 1:3,4; Rom. 15:13

Debido a las imperfecciones de nuestra carne heredadas a través del Padre Adán, no podremos nunca, en esta vida, lograr la perfección que deseamos. Habrá defectos y debilidades de mente, de pensamiento, de pal-

abra y de acción. Sin embargo, debemos esforzarnos por vivir lo más cerca de los estándares de Dios que podamos. El Señor nos compensará por nuestras debilidades no intencionales. Su gracia será suficiente para nosotros y nos permitirá salir adelante. Por otro lado, si sembramos para la carne, segaremos el mal en nuestra carne. Sin embargo, si permanecemos leales al Señor y nos arrepentimos de nuestros pecados y defectos, esforzándonos por superarlos, prevaleceremos sobre estas experiencias para nuestro bien.

PLANTAR BUENAS SEMILLAS Y ELIMINAR LAS MALEZAS DEL MAL

En nuestra condición humana caída, hay una atracción natural hacia las cosas terrenales, en especial dado que vivimos actualmente en una época en que se permite el mal. Aunque estas cosas terrenales están manchadas de pecado y, en muchos aspectos, son desagradables para nosotros porque hemos aprendido a amar la honradez y odiar la inmoralidad, sin embargo, sigue habiendo en ocasiones una fuerte atracción hacia incluso estas cosas terrenales imperfectas. Como las malezas, los afectos y deseos terrenales parecen brotar espontáneamente de las semillas. Por lo tanto, los cristianos que mantienen su corazón en el amor de Dios no solo deben seguir plantando buenas semillas y manteniendo sus afectos en cosas celestiales, sino también deben eliminar constantemente las malezas de los deseos y atracciones terrenales.—1 Juan 5:2-4; Judas 21

El apóstol Pablo pone énfasis repetidas veces en los efectos duraderos de los pensamientos sobre los que nos preocupamos e indica la importancia de llevar “cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”. (2 Cor. 10:5) En otra parte, también advierte, “Por lo demás, hermanos,

todo lo que es verdadero, todo lo digno, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo honorable,... en esto mediten.”—Fil. 4:8

“DESPOJARSE” Y “REVESTIRSE”

Pablo exhortó a los hermanos colosenses a lo siguiente: “Pongan la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”. Luego da una lista de los cambios que deben producirse en los que se han consagrado completamente al Señor, diciendo: “Por eso, den muerte a todo lo que es propio de la naturaleza terrenal: inmoralidad sexual, impureza, bajas pasiones, malos deseos y avaricia, la cual es idolatría. ... También ustedes practicaron estas cosas en otro tiempo, cuando vivían en ellas. Pero ahora abandonen también todo esto”. El apóstol luego menciona cambios adicionales que deben producirse, advirtiendo que también se debe abandonar el “enojo, ira, malicia, calumnia y lenguaje obsceno” y no “mentirse unos a otros, ahora que se han quitado el ropaje de la vieja naturaleza”.—Col. 3:2,5-9, *ESV*

¿Qué es más común entre las personas en general hoy en día que enojarse? Incluso los que han usado el nombre de Cristo pueden, en algún momento u otro, haber tenido pensamientos maliciosos o poco amables sobre otra persona. ¿Cuántos hay que cometen calumnias? Esto suele hacerse de una manera tal que engaña y hace trastabillar no solo al oyente, sino también al hablante respecto de la intención de su corazón al hablar de otros de manera poco amable.

Si se evitara todo lenguaje impuro y maligno, ¡qué maravilloso sería este mundo! Todos los seguidores de Cristo deberían asegurarse de que, en adelante, cada palabra que emane de sus labios sea “buena para la necesaria edificación, ... a fin de dar gracia a los oyentes”. Los ver-

daderos cristianos “no deben hablar mal de nadie”, agrega Pablo. (Ef. 4:29 Tito 3:2, *ESV*) Las calumnias y el lenguaje maligno son asesinatos del carácter de otra persona. Una calumnia es igualmente una calumnia sea el enunciado verdadero o falso, y así se considera no solo según la ley de Dios, sino también según las leyes de los hombres civilizados. Además, los que escuchan voluntariamente a los calumniadores son partícipes de sus malas acciones. “El malvado hace caso a los labios impíos y el mentiroso presta oído a la lengua maliciosa”.—Prov. 17:4, *Nueva Traducción Viviente*

Pablo nos insta a no solo despojarnos de las malas inclinaciones de nuestra carne caída, sino también “revestirnos” [Griego: vestirse; cultivar] de los diversos frutos del Espíritu Santo ejemplificados en nuestra Cabeza, Jesucristo.

En Colosenses 3:12,13 (*ESV*), el apóstol nos aconseja revestirnos de: (1) “corazones misericordiosos”, una inclinación de gran corazón y generosidad hacia todos: hacia los demás creyentes, vecinos, amigos, familiares e incluso hacia nuestros enemigos. (2) “amabilidad” hacia todos; (3) “humildad” de mente, en oposición al orgullo, jactancia, arrogancia; (4) “mansedumbre”, inclinación dócil; (5) “paciencia” con los defectos y las debilidades de los demás; (6) “tolerarse unos a otros y... perdonarse si alguno tiene queja contra otro; así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes”. Esto implica que debemos soportar las peculiaridades del temperamento y humor de los demás. Debemos perdonarnos el uno al otro libremente, si hubiera alguna causa de ofensa en el otro, aprendiendo mientras tanto a corregirnos a nosotros mismos al ver nuestros propios defectos reflejados en los demás.

La norma para todo este curso de conducta se encuen-

tra en el curso del Señor hacia nosotros, porque ha sido verdaderamente generoso, amable, paciente e indulgente con nosotros. Por lo tanto, debemos hacer lo mismo hacia nuestros hermanos en Cristo.

ADVERTENCIAS A LOS ESCOGIDOS DE DIOS

La advertencia del apóstol está dirigida a los “escogidos de Dios, santos y amados”. (Col. 3:12, *ESV*) Por lo tanto, está dirigiendo nuestra atención al hecho de que, actualmente, Dios no está intentando una reforma de toda la humanidad de esta manera, sino simplemente una transformación de los que han hecho un pacto especial con él. Quienes esperan hacer “firme su vocación y elección” para ser miembros en la iglesia glorificada se esforzarán seriamente por cultivar cada uno de estos frutos del Espíritu Santo en sus vidas.

Pablo no solo nos dice de qué “despojarse” y de qué “revestirse”, sino que luego agrega “Y sobre todo, revístanse de amor, que es el vínculo perfecto”. (V. 14, *ESV*) El amor es entonces descrito como el principio de unión para todas estas diversas gracias.

El apóstol desea que nos demos cuenta de que las cualidades de mansedumbre, paciente y todas las demás que menciona no pueden ser solo por cortesía o amabilidad, sino que deben desarrollarse con amor en nuestros corazones. Si no, no seremos dignos de ser parte del reino de los cielos. Cada uno de nosotros debemos desarrollar todas estas diversas gracias en nuestra voluntad y nuestras intenciones y unir las mediante el amor: el amor por el Señor, el amor por la honradez, el amor por nuestros hermanos y el amor compasivo por toda la creación que gime.

“NO SE DEJEN ENGAÑAR”

En nuestro texto central, Pablo escribe: “No se dejen engañar”. Aquí señala el peligro de que podemos engañarnos a nosotros mismos y no darnos cuenta de si estamos sembrando para el espíritu o sembrando para la carne. En otra parte, las Escrituras señalan que nuestro corazón o mente natural es “engañoso más que todas las cosas, y perverso”. (Jer. 17:9, *ESV*) Por lo tanto, nuestra nueva mente tiene que estar en guardia continuamente, para examinarnos a nosotros mismos con honestidad; de lo contrario, es posible que caigamos en la engañosa trampa de nuestra antigua naturaleza.—2 Cor. 13:5; Gal. 6:4, *Versión Estándar Internacional*

Deberíamos darnos cuenta de que no es suficiente simplemente aceptar sembrar para el Espíritu. La cosecha de bendiciones espirituales y desarrollo del corazón dependerá de nuestra fidelidad y persistencia en hacer activamente este trabajo de siembra. Quienes siembran para el Espíritu y se esfuerzan seriamente a diario por llevar una vida espiritual, buscando servir la voluntad de Dios en sus palabras, acciones y pensamientos, obtendrán la mayor cosecha de frutos espirituales en las diversas cualidades a imagen y semejanza de nuestro Señor Jesús. Como escribió el salmista sobre su sincero amor por ley de Dios, “Todo el día es ella mi meditación”.—Sl. 119:97

Sin embargo, si sembramos para la carne, buscando vivir para nosotros o para satisfacernos, o deseando complacer a nuestros amigos o familiares orientados a lo terrenal, podemos esperar que los deseos carnales cultivados se vuelvan más fuertes en nuestras vidas. Dicha conducta nos hará decaer proporcionadamente en el Espíritu. Cuando hacemos caso a las inclinaciones carnales de nuestra naturaleza caída, estamos dificultando nuestro propio progreso espiritual, y la tendencia es hacia la corrupción.

CONTINUACIÓN FIEL

“Mortifiquemos” en la mayor medida posible las inclinaciones de nuestra carne y busquemos vivir en armonía con el Espíritu del Señor. En esa misma proporción creceremos espiritualmente más fuertes, preparándonos para la vida eterna en el plano espiritual que Dios le ha prometido a quienes demuestren su amor por él y lealtad hacia sus principios.—Rom. 8:12-14

Esto no significa que solo los que logren un dominio completo de su carne recibirán una bendición del Señor. Lo importante a considerar es que, a menos que le manifestemos al Señor una apreciación de las cosas espirituales, no lograremos un progreso en ellas. No seremos dignos de la recompensa de “gloria, honor e inmortalidad”. (Rom. 2:7) En cambio, si nuestra conducta le manifiesta al Señor nuestro amor por la honradez y nuestro deseo de complacerlo, sin importar lo débil que sea nuestra carne, los considerará dignos de la vida eterna, sabiendo que cuando tengan los cuerpos perfectos de la resurrección, se regocijarán por vivir en absoluta armonía con las disposiciones divinas. El apóstol Pablo escribió en otra ocasión: “La justicia de la ley [se cumple] en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”.—Rom. 8:4

Poco a poco, se desarrollará nuestro carácter. La siembra que hacemos hoy dará lugar a la cosecha de frutos maduros mañana. El apóstol finaliza su argumento, advirtiéndonos de que nos mantengamos fieles y “no nos cansemos de hacer el bien, porque a su debido tiempo cosecharemos si no nos damos por vencidos. Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe”.—Gál. 6:9,10, *ESV*
